

ACTO II.

PROLOGO.

Sale el coro.

Una pasion antigua yace muerta,
Y otra pasion naciente
Para heredar su frenesí despierta.
La dama que tan bella parecia,
Por quien amor gemia
Y la muerte anhelaba, de repente
Perdió su encanto, y no parece bella
Con la tierna Julieta comparada,
Que es de Romeo amada,
Como él querido de ella:
Tal cambio obró el poder de la hermosura.
¡Mas ay! es menester que á su enemiga
Refiera él su querella;
Y á ella el destino sin piedad obliga
A arrebatár el cebo codiciado
Que amor le tiende, de terrible anzuelo.
Siendo enemigo de su estirpe, apenas
Podrá él hallar propicia coyuntura
Para contar sus penas
Y revelar su amor al sér amado;

Y ella, en igual cuidado,
 Apenas ofrecer podrá consuelo
 A su hondo y triste duelo.
 Mas la pasión les da valor y brío,
 Les da lugar el tiempo y su albedrío.
 Para colmar unidos su ventura,
 Templando con dulzura
 La saña y el rigor del hado impío. (Váase.)

ESCENA PRIMERA.

Una plaza pública: en el fondo se ven las tapias del jardín de Capuleto.

Sale ROMEO.

ROM. ¡Cómo es posible que adelante siga,
 Si dejo aquí mi corazón clavado?
 Vuelve y tu centro busca, oh cuerpo inerte.
 (Se encarama en la tapia y salta al otro lado.)

Salen BENVOLIO y MERCUCIO.

BEN. ¡Oye, Romeo! ¡Primo!
 MER. Tiene seso,
 Y fuéase al lecho ya, por vida mía.
 BEN. Corrió hácia aquí: le vi saltar la tapia
 De aquella huerta. Llámale, Mercucio.
 MER. Antes le voy á conjurar. ¡Romeo!
 ¡Pasión, amante, desvario, loco!
 Aparece en la forma de un suspiro,
 Contesta recitando un solo verso,
 Y estaré satisfecho: un ¡ay! exhala,
 Aconsonanta amores con rigores,
 Di á mi comadre Venus un piropro,
 Y pon un mote á su hijo ceguezuelo,
 El niño Adán Cupido, cuya flecha
 Fué tan certera cuando el rey Cofétua

Se enamoró de la mendiga hermosa (1).
 Ni me oye, ni contesta, ni de vida
 Señales da: ya es fuerza conjurarle.
 Yo te conjuro por los claros ojos
 De Rosalia, por su arcada frente,
 Y rojos labios, por su pié pequeño,
 Sus rectas piernas y carnosos muslos,
 Y los demas parajes adyacentes,
 Que te descubras en tu propio aspecto.
 BEN. Le enojará tu arenga, si te escucha.
 MER. Por eso no se enoja; se enojara
 Si evocase un espíritu maligno
 De su dama en el círculo, dejando
 Que allí permaneciese, mientras ella
 Se diera maña en aplacar su furia.
 Enojárase entónces con motivo;
 Pero mi invocacion es justa y santa:
 En nombre de su dama trato sólo
 De evocarle por medio de conjuros.
 BEN. Venid: se habrá ocultado entre estas ramas
 Para asociarse con la quieta noche:
 Ciego es su amor, y se halla bien á oscuras.
 MER. Si fuera ciego amor, el blanco errara.
 Estará cabe un nispero sentado,
 Lamentando sin duda que no sea
 Su dama de esas frutas que las niñas
 Nispolas (2) llaman cuando á solas rien.
 ¡Ojalá! buen Romeo, ojalá fuera
 Un *etcétera* abierto, y tú una pera.
 Romeo, buenas noches; váime al lecho,
 Pues hallo el césped demasiado frio
 Para que duerma bien. Decid ¡nos vamos?
 BEN. Vámonos ya, porque es tarea vana
 Buscar á quien no quiere ser hallado. (Váase.)

(1) Se refiere al héroe de una balada antigua, publicada en la coleccion de Perrey.

(2) Sin duda en tiempo de Shakspeare se daba una significacion obscena á esta palabra.

ESCENA II.

*El jardín de Capuleto.**Sale ROMEO.*

ROM. Aquel que nunca tuvo herida alguna
Se burla alegre de la llaga ajena.

JULIETA se asoma á una ventana.

¡Calla! ¿Qué luz es la que allí despunta?
Ese balcon es el balcon de oriente,
Y Julieta es el sol. Sube radiante,
¡Oh hermoso sol! y con tus rayos mata
A la envidiosa luna, quien de pena
Pálida y triste está porque una ninfa
De su coro la vence en hermosura.
Por envidiosa, de servirla deja:
Tristes y amarillentas son sus galas,
Y necios los que de ellas se revisten.
Deséchalas, mi bien.—¡Ella es! ¡mi vida!
¡Es mi amor que se asoma! ¿Qué no diera
Porque supiese que es de mi alma dueño!
Habla; mas nada dice. Mas ¿qué importa?
Hablan sus ojos: les daré respuesta.
Asaz osado soy; no hablé conmigo.
Del cielo dos de los más bellos astros,
Teniendo que alejarse de sus puestos,
Por merced solicitan de sus ojos
Que ocupen su lugar en la alta esfera,
Mientras estén ausentes. Si por dicha
Estuvieran sus ojos en el cielo,
Dos astros en sus órbitas clavados,
El vivo resplandor de sus mejillas
Oscureciera el brillo de esos astros,
Como la luz del sol la de una tea:

Sus ojos desde el cielo derramaran
Tal torrente de luz, que á media noche
Las aves despertaran, y á la aurora
Saludarían con su voz canora.
¡Ahora en la mano apoya su mejilla!
¿Quién fuera el guante que esa mano cubre,
Para poder tocar esa mejilla!

JUL. ¡Ay! ¡ay de mí!

ROM. ¡Habló! ¡Habla de nuevo,

Ángel divino! Estando tú allá arriba,
Radiante te apareces á la noche
Cual mensajero alado de los cielos
A los abiertos, deslumbrados ojos
De los mortales, que ávidos le miran,
Echando atrás el cuerpo, cuando raudo
Huella las tardas, perezosas nubes,
Y flota sobre el seno de los aires.

JUL. ¡Romeo! ¡Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo?

Reniega de tu padre y de tu nombre:
Si á tanto no te atreves, sé mi amante,
Y ya no me tendré por Capuleto.

ROM. ¿Qué hacer? ¿Sigo escuchando, ó la hablo
ahora?

JUL. No tú, tu nombre sólo es mi enemigo:
El mismo fueras aunque no un Montesco.
¿Montesco qué es? A fe no es pié, ni mano,
Ni brazo, rostro, ni otra parte alguna
Del sér humano. ¡Oh, sé tú de otro nombre!
¿Qué importa el nombre? Lo que llaman rosa,
Con otro nombre, aroma igual tuviera.
Del mismo modo, mi gentil Romeo,
Aunque Romeo nunca se llamara,
Los raros dotes conservara todos
Que suyos son sin título ninguno.
Desecha, pues, tu nombre, mi Romeo;
Y en cambio de ese nombre que no es parte
De tu persona alguna, toma, oh, toma
Todo mi sér.

- Rom. Te cojo la palabra:
 Dame de amante tuyo el dulce nombre;
 Me juzgaré de nuevo bautizado:
 De hoy más, mi bien, no quiero ser Romeo.
- Jul. ¿Quién eres tú, que envuelto en noche y sombras,
 Sorprendes mis secretos de esta suerte?
- Rom. Quien soy no sé decirte por el nombre:
 Mi nombre, santa amada, me es odioso,
 Porque ese nombre es enemigo tuyo.
 Si lo tuviera escrito, lo rasgara.
- Jul. Aún no han bebido ansiosas mis orejas
 Palabras cien por esa voz formadas,
 Y sin embargo, su eco reconozco.
 ¿No eres Romeo, di? ¿No eres Montesco?
- Rom. ¡Ay! ni uno ni otro soy, ángel divino,
 Si de los dos cualquiera te enfadare.
- Jul. Di ¿cómo te has entrado, y con qué objeto?
 Pues altas son las tapias de esta huerta,
 Y casi inaccesibles; y este sitio
 El de tu muerte fuera, si te hallase
 Un deudo mío, siendo tú quien eres.
- Rom. Salté la tapia con las leves alas
 Que me prestó el amor: contra él los muros
 De dura roca son reparo inútil,
 Y á cuanto alcanza, á tanto amor se atreve.
 Por tanto, no me arredran deudos tuyos.
- Jul. Te matarán si acaso te descubren.
- Rom. Hay en tus lindos ojos más peligro,
 Que en veinte espadas tuyas, prenda mía.
 Mirame con amor, é invulnerable
 Será mi cuerpo al filo de su enojo.
- Jul. Un mundo diera porque no te vieses.
- Rom. La noche me prestó su negro manto
 Para ocultarme de su fiera vista.
 Si tú me quieres, que me encuentren luego:
 Morir más vale á manos de su enojo,
 Que huir la muerte, y que tu amor me falte.

- Jul. ¿Quién te sirvió de guía á mi morada?
- Rom. Amor que me movió á pedir tus señas.
 Díome él consejo; dile yo mis ojos.
 No soy piloto, y sin embargo, juro
 Que si tú fueras la lejana playa
 Que baña el más remoto de los mares,
 Me aventurara en busca de tal joya.
- Jul. Cubre mi rostro el velo de la noche;
 Tiñera de otra suerte mi mejilla
 Sonrojo virginal por las palabras
 Que de mis labios esta noche oiste.
 Quisiera parar mientes en la forma;
 Quisiera desmentir, negar quisiera
 Lo que ántes dije... Pero ¡adios, cumplidos!
 ¿Me quieres? Sé que afirmarás que me amas,
 Y te creeré. Con todo, si jurases,
 Pudieras quebrantar tu juramento;
 Y diz que artero Júpiter se rie
 Cuando oye votos de amador perjuro.
 Gentil Romeo, si me quieres, dilo
 Con fe sincera; y si tal vez sospechas
 Que fácil soy y es blando asaz mi pecho,
 El ceño arrugaré, pondréme cruda,
 Y te diré que no, porque me ruegues;
 Si tal no piensas, ni aún por todo el mundo.
 Harto es mi amor, Montesco; á fe que es hart
 Tal vez por eso me creeras liviana.
 No temas, no; seré más fiel que aquellas
 Que son esquivas, porque más astutas.
 Me es fuerza confesar que hubiera sido
 Contigo más esquivo, si al acaso
 No hubieseis escuchado de mi boca,
 Sin que te viera, mi pasión ardiente.
 Perdóname, por tanto, y no atribuyas
 A liviandad mi fácil rendimiento,
 Que sólo es obra de la noche umbría.
- Rom. Mi bien, te juro por la blanca luna,
 Que con sus blandos rayos argentea

Las copas de estos árboles frutales...

JUL. No jures, no, por la inconstante luna
Que, cada mes en su órbita girando,
De cerco muda, y cada noche es otra;
No sea que tu amor falaz imite
Su instable condicion.

ROM. ¿Por quién entónces
He de jurar?

JUL. De modo alguno jures,
O si es forzoso, jura por ti mismo,
Por tu persona, que es el dios que adoro,
Y te creeré.

ROM. ¡Si de mi amor la llama!...

JUL. No jures, no; por más que tu presencia
Me colma de alborozo, no querría
Celebrar esta noche tal contrato:
Es por demas violento y repentino,
Es imprudente, y harto se semeja
Al rayo que fulgura, y desaparece
Antes que el labio diga: «¡Ved, el rayo!»
Retírate, mi bien: tal vez muy pronto,
Cuando te vuelva á ver, quizá este afecto
Que hoy es capullo, flor será galana,
Merced al dulce aliento del estío.
¡Adios! ¡Adios! y paz tan dulce y calma,
Como mi pecho goza, logre tu alma.

ROM. ¿Y me podrás dejar tan sin consuelo?

JUL. ¿Qué premio quieres que te dé esta noche?

ROM. En trueque de mi fe tu fe sincera.

JUL. ¡Ay! ántes te la di que la pidieses;

Y que otra vez no pueda darla, siento!

ROM. ¡Arrabátarmela otra vez querrias?

¿Por qué, mi bien?

JUL. Tan sólo por ser franca,
Y dártela otra vez; aunque eso fuera
Apetecer un bien que ya poseo.
Es como el mar que límite no tiene
Mi afán de dar, mi amor como él profundo;

Y cuanto más te doy, aún más me queda,
Pues infinitas son ambas pasiones.

(El ama llama dentro.)

Dentro oigo ruido. ¡Adios! en ti confío:

—Ama, ya voy.—Sé fiel, Montesco mio.

Aguarda aquí un instante, vuelvo al punto. (Váase.)

ROM. ¡Noche! ¡oh bendita noche! Temo sólo,
Que puesto que es de noche, un sueño sea
Todo esto, un sueño halagador y dulce
En demasia para ser un hecho.

JULIETA vuelve á asomarse á la ventana.

JUL. Tres palabras no más, y adios de veras.

Si de tu amor el sesgo honrado fuere,

Tu fin, casarte, mándame recado,

Por uno que mañana de mi parte

Íráte á ver, de dónde, cuándo y cómo

Intentas celebrar el sacro rito;

Y yo á tus piés pondré mi hacienda y vida,

Y seguiréte, ¡oh dueño! por el mundo.

AMA. (Dentro.) ¡Julieta!

JUL. —Al punto voy.—Mas si
tus fines

Aviesos fueren, ruégote...

AMA. (Dentro.)

¡Julieta!

JUL. —Ya voy; ya voy.—Que cejes en tu empeño,

Dejándome anegar mi pena en llanto.

Mañana mandaré.

ROM. ¡Por la alma gloria...

JUL. ¡Mil veces buenas noches! (Váase.)

ROM. ¡No, peores

Mil veces han de ser sin tus fulgores!

En busca del amor amor afuye

Como escolar que de sus libros huye;

Mas cual rapaz, amor de amor se aleja,

Que triste el juego por los libros deja.

(Se aleja lentamente.)

Vuelve á asomarse JULIETA á la ventana.

JUL. ¡Pst! ¡pst! ¡Romeo! ¡pst! ¡Oh, quién tuviese
Voz de halconero para hendir los aires
Y reclamar al ave fugitiva!

Ronco es el cautiverio: hablar no puede
A voz en grito; de otra suerte el antro
En que Eco duerme reventara, y ronca
Más que mi voz su aérez voz pusiera,
El nombre repitiendo de Romeo.

ROM. La voz es de mi vida que me llama.
¡Cuán dulce suena el argentino acento
De los amantes en la quieta noche!
Cual música suave á atento oído.

JUL. ¡Romeo!

ROM. ¿Vida mía?

JUL. Dime á qué hora

He de mandar mañana al mensajero.

ROM. A la hora de las nueve.

JUL. Irá sin falta.

Un siglo es hasta entónces. No recuerdo
Ya con qué objeto te llamé.

ROM. Permite
Que aquí me quede en tanto que lo pienses.

JUL. La dicha de tenerte aquí tan cerca
Hará mi olvido eterno, recordando
Cuán grata me es tu dulce compañía.

ROM. Porque olvidando sigas, no he de irme,
Ni de otro hogar que de este he de acordarme.

JUL. De día es ya. Quisiera que te fueras;
¡Mas ay! no más que el trecho que concede
Al pajarillo juguetona niña.

Le suelta de la mano, y deja ansiosa
Que se aleje brincando, cual cautivo
Con retorcidos grillos amarrado;
Y con la seda luego le sujeta,
Y lo vuelve á coger, tal ansia siente
Al ver en libertad al preso amado.

ROM. ¡Quién fuera el pajarillo que mimaras!

JUL. Quisiera que lo fueras; aunque temo
Que te matara á fuerza de halagarte.
¡Adios! ¡adios! Amarga es la partida;
Tan dulce, empero, es esta despedida,
Que alejarme no sé de mi ventana,
Do te dijera adios hasta mañana. (Váse.)

ROM. Acuda el sueño á tus radiantes ojos,
Y á tu pecho la paz libre de enojos.
¡Quién fuera el sueño, quién la paz querida,
Que á tal reposo tu beldad convida!
Vóime de aquí á la celda donde mora
Mi confesor conrito, y sin demora
Quiero pedirle ayuda y darle cuenta
De la fortuna que mi pecho alienta. (Váase.)

ESCENA III.

La celda de Fray Lorenzo.

Sale FRAY LORENZO con una cesta.

FR. LOR. El alba con sus ojos encienetos
Mira á la torva noche sonriente,
Matizando con rayos de luz pura
Las nubes en oriente;
Y cual beodo con pisada incierta
Huye la noche oscura
Al ver la faz preclara
De Febo que despierta
Y el carro monta que Titan forjara,
Antes que el sol su roja lumbré vierta,
Regocijando el día,
Secando el llanto de la noche fria,
He de llenar mi cesta de olorosas
Flores y verdes yerbas ponzoñosas.
Es á la vez la tierra madre y huesa,
De la feraz natura,

Y su materno seno
 Es manantial de vida y sepultura
 A sus pechos sus hijos
 De varia condicion cria prolijos:
 Muchos en muchos grados
 Por sus raras virtudes estimados;
 Pero ninguno hallamos tan exento
 De virtud, que no ofrezca ya sustento,
 Ya deleite ó remedio al pecho humano.
 Innumerables son las ricas dotes
 Que natura infundió con sábia mano
 En las yerbas, las plantas y las piedras,
 Cuya virtud oculta es infinita.
 El sér más vil que la alma tierra habita
 No deja de rendirle algun provecho;
 El sér más noble que en su seno alienta,
 Utilizado con aviesos fines,
 Causa es tal vez de daño y vil afrenta.
 La virtud misma en vicio se convierte,
 Si la maldad su rectitud pervierte;
 Y el varonil esfuerzo, al bien propicio,
 Logra tal vez ennoblecer el vicio.
 En el capullo de esta flor naciente
 Dormidos yacen en un mismo seno
 Medicinal poder, mortal veneno,
 Que juntos brotan de una misma fuente:
 Pues su fragancia ovida,
 A los sentidos da deleite y vida;
 Pero aplicada al labio, la flor grata
 El corazon con los sentidos mata.
 No de otra suerte encierra
 La condicion humana
 Dos reyes que se mueven cruda guerra,
 El uno la humildad, el otro fiero
 Es la pasion tirana;
 Y allí do predomina el más austero,
 Pronto la muerte con airada mano
 Mata la planta cual roedor gusano.

Sale ROMEO.

ROM. Guárdeos el cielo, padre.
 FR. LOR. El dète ayuda.
 ¿Quién con tal dulce acento me saluda
 Al despuntar gozosa la mañana?
 Huir el lecho en hora tan temprana,
 Hijo, revela un ánimo intranquilo,
 En la pupila del caduco anciano
 Fija el cuidado su constante asiento,
 Y donde reina la inquietud, en vano
 Busca el reposo sosegado asilo.
 Pero en el lecho do sus miembros tiende
 La juventud sin duelo ni quebranto,
 Libre de pena y llanto
 Reina el dorado sueño,
 Y pródigo derrama su beleño.
 Por tanto, tu visita matutina
 Me anuncia que un pesar la causa ha sido
 De que á deshora el lecho hayas dejado:
 Y si no fuera así... ya, ya lo acierto:
 La noche entera en vela habrás pasado.
 ROM. Esto último es lo cierto:
 Con más dulzura reposé despierto.
 FR. LOR. ¡Dios te haya perdonado!
 ¿Estuviste tal vez con Rosalia?
 ROM. ¡Con Rosalia, padre? No, su nombre
 Extraño es á mi oido,
 Ni da á su amor cabida el ama mia.
 FR. LOR. Así te quiero. ¿Entonces dó estuviste?
 ROM. Sabadlo de una vez, sin más rodeos:
 Estuve en el festin de mi enemigo,
 Do de improviso recibí una herida
 Y dí otra en cambio. Sólo vuestras manos
 Podrán dejar á entrambos pechos sanos.
 Ya veis que odio ninguno en mí se anida,
 Pues intercedo en pro de mi adversario
 Como si fuera mi mejor amigo.

Fa. Lor. Háblame con llaneza,
 Si quieres que remedie tu tristeza.
 De tu venida en breve di el objeto.

Rom. En breve, pues, sabed que estoy prendado
 De la hija del valiente Capuleto,
 Y como la amo, así soy de ella amado.
 Todo está concertado:
 Tan sólo falta que ante el ara santa
 Bendigais nuestro enlace.
 Luego os referiré, si oirlo os place,
 El cómo, el cuándo, y el lugar en donde
 La vi por vez primera,
 Y nos juramos mutua fe sincera.
 Ahora, sólo os pide el alma mía
 Que nos queráis casar en este día.

Fa. Lor. ¡Válgame San Francisco! ¡y qué mudanza!
 ¡Tan pronto has olvidado á Rosalía,
 En quien tu amor cifrabas y esperanza?
 En los primeros años de la vida,
 No es el corazón, es en los ojos,
 Donde el amor se anida.
 ¡Virgen María! ¡qué copioso llanto
 Te hizo verter cruel con sus antojos!
 Y hora cual hueco son que lleva el viento
 Se disipó tu amor y tu quebranto.
 Aún no logró barrer el sol la bruma
 Que suspirando amontonó tu aliento,
 Aún suena en mis oídos
 El triste querellar de tus gemidos,
 Aún surca tu mejilla no borrada
 La huella de una lágrima olvidada.
 ¡No era entre todas ella
 La más apuesta y bella?
 ¡No me dijiste que era Rosalía
 Única causa de tu pena impia?
 Y hora la dejas y falaz te mudas.
 En la mujer no busques entereza,
 Ya que en la fe del hombre no hay firmeza.

Rom. ¡No censurasteis con palabras crudas
 Más de una vez mi amor á Rosalía?

Fa. Lor. No tu amor, tu locura y tu porfia.

Rom. ¡No me mandasteis sofocar mi llama?

Fa. Lor. Mas no para encender mayor incendio.

Rom. Por Dios, no me riñais; porque mi dama
 Con fe sincera me ama,
 Y con amor responde al amor mio;
 Y la otra tal no hacia.

Fa. Lor. Es que ella bien sabia,
 Que tu fugaz deseo
 Era tan sólo vano devaneo.
 Sígueme, loco amante:
 Aunque en amar te muestres inconstante,
 Razon hay que me obligue á darte ayuda.
 Confío en que esta union será bastante
 A trocar en amor la fiera saña
 Que á vuestras casas, en contienda ruda,
 Con torrentes de sangre y luto baña.

Rom. Partamos, pues, mi plan premura pide.

Fa. Lor. Vamos despacio y con razon entera,
 Pues suele tropezar aquel que mide
 Con rauda paso ansioso la carrera. (Váanse.)

ESCENA IV.

Una calle.

Salen BENVOLIO y MERCUCIO.

MER. ¡En dónde diablos estará Romeo?
 ¿Sabéis si á casa regresó esta noche?

BEN. No á casa de sus padres, pues há poco
 Hablé con su criado.

MER. ¡Vive el cielo!
 Esa muchacha de amarillo rostro
 Y sin entrañas, esa Rosalía

De tal manera al misero atormenta,
Que ciertamente volveráse loco.

BEN. Teobaldo, el primo aquel de Capuleto,

Mandó una carta á casa de su padre.

MER. ¡Por mi vida, un cartel de desafío!

BEN. No dejará de contestar Romeo.

MER. Cualquiera que sepa escribir puede contestar á una carta.

BEN. Es que contestará al dueño de la carta, y aceptará el reto, si osa retarlo.

MER. ¡Ay! ¡pobre Romeo! está ya difunto, atravesado por los ojos negros de una niña de blanca tez; arcabuceado por el oído con una canción de amor; el ceguezuelo archero le ha traspasado el corazón con su mejor flecha; ¡y ha de ser el hombre para afrontar á Teobaldo?

BEN. ¿Pues quién es Teobaldo?

MER. No es ningún héroe de salón, te lo aseguro. ¡Oh, es un valiente; la nata y flor de espada-chines! Se bate con la misma frescura con que cantarás tú una tonada; guarda compas, distancia y proporción; se pone en guardia; uno, dos, y la tercera en el pecho de su adversario. Bravo acuchillador de ropillas; es un duelista, un verdadero duelista; es un caballero de los más nobles, siempre dispuesto á reñir con cualquier pretexto. ¡Ah! ¡el inmortal *passato*, el *punto reverso*, el *hail*! (1).

BEN. ¿El qué?

MER. ¡El diablo que confunda á estos matones de nuevo cuño con sus bufonadas, sus gestos y dichos afectados!—«¡Qué bella hoja, qué buen mozo, qué brava ramera!»—Decid, oh abuelo: ¿no es triste cosa que nos veamos plagados de estos insectos extraños, estos tratantes en mo-

(1) Los términos de la esgrima moderna proceden de Italia. El *hail* es el grito que se da al herir al adversario.

das, estos *pardónnez-moi* (1), tan dados á lo nuevo que desdennan todo lo que huele á antiguo? ¡Oh! ¡qué necios, qué necios!

Sale ROMEO.

BEN. Aquí viene Romeo, aquí viene Romeo.

MER. Más enjuto que un arenque. ¡Oh, robustez, robustez! ¿Qué es de tu lozanía? Miradle; está ahora entregado á la tierna musa del Petrarca. Comparada con su dama, fué Laura una fregona (aunque, por cierto, tuvo mejor poeta que cantara sus hechizos); Dido una dueña; Cleopatra una gitana; Helena y Hero tarascas y rameras; Tisbe no tenia malos ojos, pero ¿qué habia de competir ella con su dama?

—Señor Romeo, *bon jour*: hé ahí un saludo frances que cuadra bien con vuestros gregüescos á la francesa. Por cierto que os despedisteis de nosotros anoche tambien á la francesa.

ROM. Muy buenos días, caballeros. ¿Cómo á la francesa?

MER. Que nos dejasteis sin decir osteni moste.

ROM. Perdóname, buen Mercucio; mis negocios exigian premura, y en tales casos el hombre está dispensado de pararse en cumplidos (2).

MER. ¡Hola! te has vuelto sociable; hablas como un hombre; ya eres otra vez Romeo. ¿No vale más pasar el tiempo en gastar malas bromas, que en suspirar y llorar de amor?

ROM. Mirad qué lujosa comitiva.

(1) Crítica el autor las frases de nuevo cuño y de procedencia francesa, de que solian usar los petimetros de su tiempo.

(2) Sigue á este párrafo un trozo en que Romeo y Mercucio sostienen entre sí un desafío de palabras, chistes y cucullelas ininteligibles, y de todo punto imposibles de traducir. En disculpa de la libertad que me he tomado al hacer esta omisión, diré tan sólo que el alemán Schlegel, á pesar de la gran semejanza que existe entre el idioma alemán y el inglés, no se ha sentido con fuerzas bastantes á reproducir este trozo en su famosa traducción.

Salen el AMA y PEDRO.

- MER. ¡Una vela, una vela!
 BEN. ¡Dos, dos! ¡Una saya y una chupa!
 AMA. ¡Pedro!
 PED. Ya voy.
 AMA. Mi abanico, Pedro.
 MER. Por Dios, Pedro, dáselo para que se tape la cara. Es más hermoso su abanico que su rostro.
 AMA. Buenos días os dé Dios, caballeros.
 MER. Buenas tardes os dé Dios, hermosa dama.
 AMA. ¿Por qué buenas tardes?
 MER. Porque la lasciva mano del reloj apunta ya á las partes de la tarde.
 AMA. ¡Alabado sea Dios! ¿Qué hombre es este?
 MER. Un hombre, señora, que Dios crió con el solo objeto de echar su obra á perder.
 AMA. ¡Bravo, bien dicho! ¿Con el solo objeto de echar su obra á perder!—Pero, caballeros, ¿me podrá decir alguno de vosotros dónde encontrará al joven Romeo?
 ROM. Yo os lo podré decir. Pero el joven Romeo será algo más viejo cuando le halleis de lo que era cuando le buscabais. Yo soy el más joven de ese nombre, por falta de otro peor.
 AMA. Decís bien.
 MER. ¡Hola! ¿lo peor os parecé bien? Muy bien entendido, á fe. ¡Qué talento! ¡qué talento!
 AMA. Si sois vos Romeo, permitid que os diga una palabra en secreto.
 BEN. Le querrá dar una cita para esta noche.
 MER. ¡Una alcahueta! ¡una alcahueta! ¡Hola, hola!
 ROM. ¿Qué sucede?
 MER. Hay caza fresca ¿eh? Romeo, no dejes de ir á casa de tu padre, pues comeremos allí (1).

(1) Me he atrevido á hacer aquí una ligera supresion en el texto, por la razon ya expuesta.

- ROM. Os seguiré.
 MER. Quedad con Dios, hermosa anciana. ¡Adios! ¡hermosa! ¡hermosa! ¡hermosa!
 (Váase Mercutio y Benvolio.)
 AMA. ¡Gracias á Dios que se fué! Decídmelo os ruego: ¿quién es ese impertinente, tan lleno de picardias?
 ROM. Un caballero, ama, que gusta de oírse hablar, y que echará á volar más palabras en un minuto, de las que es capaz de abonar con sus obras en un mes.
 AMA. Pues como hable mal de mí, se las he de hacer pagar, aunque tuviese más brios de los que tiene, á él y á otros veinte como él; y si yo no me atrevo á hacerlo por mi misma, otros hay que lo harán por mí. ¡Vaya! ¡El muy insolente! ¿Por quién me ha tomado? No soy yo mujer de esos tratos.—¿Y tú te estás ahí con esa frescura oyéndolo todo, y dejas que cualquier picaro me maltrate á su sabor?
 PED. Yo no he visto que ningun picaro os haya tratado á su sabor; de otra suerte, pronto hubiera desenvainado mi hoja, os lo aseguro. Soy tan listo como el que más en echar mano á mi tizona, siempre que la riña sea honrosa, y tenga la justicia de mi parte.
 AMA. ¡Vive Dios! estoy tan corrida que me tiemblan las carnes por todo el cuerpo. ¡Insolente!—Escuchad una palabra, caballero. Como os iba diciendo, mi señorita me mandó en busca vuestra. En cuanto á lo que me mandó decir, eso lo guardo para mí; pero ante todo es menester que os diga, que si vos no tuvierais otro objeto que el de engatusarla, como quien dice, fuera una picardia, como quien dice; porque la dama es joven, y por tanto, si jugarais con doble baraja con ella, fuera obrar de un modo indigno para con una doncella, á fe que fuera proceder con ligereza.

ROM. Ama, encomiéndame á tu señora. Yo te protesto...

AMA. No temas: se lo diré. ¡Señor, señor, y qué gozosa se pondrá!

ROM. ¡Pero qué le vas á decir, ama, si no me atiendes?

AMA. La diré que habeis protestado, lo cual, á mi entender, es obrar como caballero.

ROM. Puss dile que discorra algun pretexto

Para irse á confesar luego á la tarde:

La aguardaré en la celda de Lorenzo,

Que oirá su confesion, y en santo lazo

Luego nos unirá. Toma esta bolsa.

AMA. No, señor, á fe mia, ni una blanca.

ROM. Toma, te digo; mira que lo mando.

AMA. ¡Esta tarde, decis? Irá sin duda.

ROM. Tú aguarda tras las tapias del convento:

Allí te entregará, dentro de un hora,

Mi criado, de cuerdas retorcida

Una escalera que en la noche oscura

Me ayudará á subir al alto tope

De mi celeste dicha. Vé en buen hora.

Sé fiel. Sabré recompensar tu celo.

¡Vete con Dios! Salúdame á Julieta.

AMA. Dios os bendiga. Oid una palabra.

ROM. ¡Qué quieres, ama?

AMA. ¡Callará el lacayo?

¡Nunca oisteis decir que el que es discreto,

Sólo á su pecho fia su secreto?

ROM. Es fiel como el acero mi criado.

AMA. Pues bien, caballero; mi señorita es la más linda de las criaturas. ¡Dios mio! ¡Dios mio! Si la hubierais conocido cuando era pequeña!... Pues anda por ahí un caballero, un tal Páris, que bien quisiera poner hacha á bordo; pero ella, alma bendita, más quisiera ver á un sapo, sí, á un feo sapo, que á él. Por enojarla á veces suelo decir que Páris es el mejor

mozo de los dos; debierais ver entónces cual se pone; amarilla como la cera. Decidme, ¿no empiezan romero y Romeo con una misma letra?

ROM. Por cierto, ama; ambos empiezan con R.

AMA. ¡Calla, burlon! ¿Cómo con R? ¡Si hace un zumbido como una rueca! Ya sé yo que empieza vuestro nombre con otra letra. Y ella sabe de memoria mil refranes y letrillas sobre Romeo y romero, que os diera gusto el oirla.

ROM. Salúdame á Julieta.

AMA. Lo haré mil y mil veces.—¡Pedro!

PED. Ya voy.

AMA. Toma mi abanico, Pedro, y vé delante. (Váase.)

ESCENA V.

El jardín de Capuleto.

Sale JULIETA.

JUL. Las nueve dieron cuando fuéese el ama, Y prometió volver en media hora.

¡Tal vez no le habrá hallado! No es posible.

¡Oh! ¡está baldada!—El pensamiento sólo

Da amor debiera ser el mensajero;

El pensamiento que más raudo vuela

Que los rayos del sol cuando las pardas

Sombras abuyentan tras los altos montes.

Por eso tiran del dorado carro

Del dios Amor aligeras palomas,

Y tiene, raudo más que el leve viento,

Alas Cupido. Ahora el sol traspone

De su jornada la más alta cumbre.

De nueve á doce van tres horas largas,

Y el ama aún no regresa; si tuviese

Ardiente corazon y sangre jóven,

Volara más ligera que una flecha:
Mi voz el arco fuera que á mi amante
Rauda la disparara, y con la suya,
La flecha él de retorno mandaría.
Pero la ancianidad se finge muerta:
Pesada es como el plomo, y torpe y yerta.

Salen el AMA y PEDRO.

¡Oh Dios! ya viene. ¡Ay ama de mi vida!
¿Qué nuevas traes? ¿Le has visto? Dilo pronto.
¿Diste con él?—Despide á tu escudero.

AMA. Vete allá fuera, Pedro. (Váse Pedro.)

JUL. Vamos, ama.

¡Qué sería estás! ¡Dios mio! Si son tristes
Tus nuevas, dilas con alegre rostro;
Si buenas, ¡ay! ofendes la armonía
De nuevas tan felices, al verterlas
En mis oídos con tan triste rostro.

AMA. Estoy rendida. Dadme tregua un rato.
¡Qué sofocon! ¡Mis huesos! ¡cuál me duelen!

JUL. ¡Tuvieras tú mis huesos, yo tus nuevas!
Mas dilas ya, te ruego; habla, ama mía.

AMA. ¡Jesus! ¡qué prisas! Aguardad un rato.
¿Pues no estais viendo que me falta aliento?

JUL. ¿Cómo te falta aliento, si te sobra
Para decirme que te falta aliento?
Más larga es la disculpa con que aplazas
La relación que aguardo, que el relato
Que tratas de aplazar con tus excusas.
¿Son buenas ó son malas tus noticias?
Respóndeme á eso nada más, y firme
Aguardaré el relato de los hechos.
Sepamos, pues: ¿son buenas ó son malas?

AMA. ¡Ay! ¡y qué mala elección habeis tenido!
¿No sabeis elegir marido, que digamos! ¿Romeo?
¡Bah! aunque tenga mejor cara que los demás,
lo que es su pierna no tiene rival; y en

cuanto á su mano, su pié y su apostura, vamos,
aunque no tienen nada de particular, con todo,
no hay cosa con que compararlos. No es la nata
y flor de la cortesanía; pero apostaré la vida
que es manso como un cordero. ¡Sea en buen hora,
hija, y teme á Dios! ¿Has comido en casa?

JUL. No, no; mas eso ya ántes lo sabía.

¿Qué dice de la boda? Vamos, dime.

AMA. ¡Dios mio! ¡Qué sofoco! ¡Qué cabeza!
¿Cómo palpitan estas sienas! Temo
Que estalle mi cabeza en mil pedazos.
De otra parte mi espalda. ¡Ay mis riñones!
¡Mal haya vuestro corazón sencillo
Que me obliga á correr de ceca en meca,
Cavándome la tumba ántes de tiempo.

JUL. A fe que tu dolencia me contrista;
Pero, ama mía, di, querida, dime
Qué te dijo mi amor; acaba, dilo.

AMA. Habló tu amante cual caballero honrado, y
cortés, y amable, y galán, y virtuoso, te lo aseguro.—
¿Dónde está tu madre?

JUL. ¿Do está mi madre? Dentro está; pues ¿dónde
Debiera estar? ¡Qué extraño modo tienes,
Ama, de contestar!—«Habló tu amante
Cual caballero.—¿Dónde está tu madre?»

AMA. ¡Válgame Dios! ¿estais ya tan ardiente?
¡Oh pecadora! ¡Buena cataplasma
Para curar mis dislocados huesos!
De hoy más, sed vuestra propia mensajera.

JUL. ¡Qué confusión! ¿Romeo, qué te dijo?

AMA. ¿Teneis permiso para confesaros?

JUL. Si tal.

AMA. Pues á la celda de Lorenzo
Luego acudid: allí un marido aguarda
Que piensa hacer de vos su fiel esposa.
Ya sube á vuestra faz liviana sangre,
Y roja se pondrá cual la escarlata

A la primer noticia. Id á la iglesia.
 Yo en tanto iré por otro lado en busca
 De la escalera; de ella, vuestro amante
 Se servirá para escalar en breve,
 Al acudir la noche, cierto nido.
 La pena es mía, y vuestro el embeleso;
 Pero esta noche llevareis buen peso.
 Id á la celda, pues; yo á mi comida.
 JUL. ¡Midicha allí me espera! ¡Adios, querida! (Váase.)

ESCENA VI.

La celda de Fray Lorenzo.

Salen FRAY LORENZO y ROMEO.

FR. LOR. Contemple el cielo con benignos ojos
 Tan santa union, no nos castigue luego
 El tiempo porvenir con honda pena.
 ROM. ¡Amén! ¡amén! Mas aunque el duelo caiga
 Sobre mi frente con su peso todo,
 Contrapesar jamás podrá la dicha
 Que una mirada suya me concede.
 Anuda estrechamente nuestras manos
 Conforme al sacro rito, y ponga entónces
 Todo por obra la enemiga cruda
 Del dulce amor, la despiadada muerte:
 Me basta con poder llamarla mía.
 FR. LOR. Violentos goces fin violento logran;
 Fecen en su triunfo, y se consumen
 Como el fuego y la pólvora al besarse.
 De puro deliciosa al labio ofende
 La rica miel: su exceso de dulzura
 Hastío da. Por tanto, con templanza
 Trata de amar, cual ama amor constante.
 El que se afana mucho llega acaso
 Tan tarde como aquel que acorta el paso.

Sale JULIETA.

La dama aquí se acerca; apenas huella
 Con sus ligeros piés la flor naciente.
 Es tan liviano amor, que los amantes
 Bien pudieran pisar la leve bruma
 Que el ceñirillo mece, y no caerse.
 JUL. Felices tardes, reverendo padre.
 FR. LOR. Gracias por ambos te dará Romeo.
 JUL. Le incluyo en mi saludo, de otra suerte
 Fuera excesiva, á fe, su cortesia.
 ROM. Julieta mía, si tu dicha es tanta,
 Tu gozo tan cumplido como el mio,
 Y tienes más destreza en adornarle,
 Endulza con tu voz la blanda brisa
 Que nos orea, y deja que tu canto
 Proclame la ventura que en ti, amada,
 Y en mí despierta tan feliz encuentro.
 JUL. Más rico en obras que en palabras huecas,
 El verdadero amor se enorgullece
 De su fuerza y poder, no de sus galas:
 Sólo el mendigo su fortuna cuenta.
 Guarda de amor mi pecho tal tesoro,
 Que ya no admite cuenta su valía.
 FR. LOR. Venid conmigo, y manos á la obra.
 No habeis de estar á solas un momento
 Mientras no os ligue en uno el sacramento.
 (Váase.)